

Alberto Mackenna Subercaseaux

SANTIAGO FUTURO

Conferencias sobre los proyectos de transformación de Santiago.

Soc. IMPRENTA-LITOGRAFÍA "BARCELONA"
SANTIAGO-VALPARAÍSO

1915



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección .. **Chilena**

Volúmenes de la obra **1**

Ubicación **10** **908-41**

Mackenna

Santiago

SANTIAGO FUTURO

Conferencias sobre los proyectos de transformación de Santiago.



Soc. IMPRENTA-LITOGRAFÍA "BARCELONA"
SANTIAGO-VALPARAÍSO

===== 1915 =====

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

DOS PALABRAS

A mis colegas del Comité de Transformación de Santiago, señores Carlos Carvajal, Enrique Döll, y Emilio Jequier:

Nosotros hemos sido los poetas de la transformación de Santiago. Hemos perseguido un ideal de belleza y de progreso en un medio, generalmente, ajeno al sentimiento de lo bello y hostil a muchas de las manifestaciones del progreso.

Nuestro trabajo ha sido como el de los labradores que despejan el campo inculto de los zarzales y los abrojos para que otros hagan en él fructífera siembra.

El campo queda preparado para recibir

la semilla que ha de germinar en él. Corresponderá talvez, a otra generación esparrear esa semilla y cosechar su fruto.

El sueño de los poetas será realizado por los hombres de negocios.

Nada podrá detener la obra que nosotros hemos iniciado, por grandes que sean los quebrantos y las vicisitudes de nuestro país.

El Santiago del porvenir necesita expansión, horizontes amplios, aire, luz y belleza para el desarrollo y el bienestar de su creciente población.

La vida de Santiago es eterna como la de las montañas que lo rodean; una generación es sólo un día en la existencia de una ciudad.

Nosotros, los labradores de un día, hemos cumplido nuestro deber, como patriotas, dejando un campo despejado para que lo cultiven las generaciones del porvenir.

ALBERTO MACKENNA S.

Mayo de 1915.

Santiago Futuro

VELADA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL
EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1912

«Señoras, señores:

Todas las capitales europeas y las de América, al llegar a cierto período de su desarrollo, han experimentado la necesidad de transformarse, saliendo de los estrechos moldes medioevales, para vaciarse en los moldes más amplios de la vida moderna.

Es ésta una fuerza imperiosa del progreso que impulsa a las colectividades así como a los individuos a en-

sanchar el círculo de sus actividades, sea persiguiendo fines higiénicos, sea guiándose por la tendencia natural a embellecer la vida que es propia del hombre a medida que va desarrollando su cultura.

En los siglos pasados la vida urbana se desenvolvía en un ambiente más estrecho. El horizonte era más reducido. No existían las nociones de higiene que son comunes en la época actual.

No se daba importancia, como elementos de vida, al aire, a la luz, al sol, a la vegetación, a esos preciosos dones naturales que constituyen el encanto de la vida en las ciudades modernas.

Las ideas de estética no inquietaban a los espíritus de aquella época; y esas ciudades, en su aspecto lóbrego y misterioso, en sus líneas torcidas, en su falta de luz y de ambiente, parecían reflejar el espíritu de la época.

Ahí están las ciudades de la antigua Francia, como las de la vieja Italia y España, para manifestar con argumentos materiales el concepto de la edilidad que existía la Edad Media y en los siglos posteriores.

La brillante concepción de la vida urbana que floreció en la época anterior a Jesucristo y que nos dejó en Roma y en Atenas las muestras más elocuentes de la estética y del buen gusto, se apagó en las obscuridades de la Edad Media, entre las penumbras de la vida monacal.

Durante muchos siglos la humanidad vivió en ciudades tortuosas que eran un bárbaro hacinamiento del rebaño humano y estaban reñidas con todos los elementos sanos de la naturaleza, y diezmadas, como es natural, por mortíferas epidemias.

Pero así como hubo un renacimiento en el Arte, y correspondió a la Italia ser la precursora del espíritu

nuevo, hubo también un renacimiento en la vida de las ciudades, y correspondióle a la Francia ser la iniciadora de ese movimiento de la humanidad hacia el progreso.

Fué durante la primera época del Imperio de Napoleón III, cuando se lanzó en París la audaz idea de transformar la ciudad medioeval en ciudad moderna, esto es, en un centro de amplias avenidas, plantadas de árboles y edificadas con casas higiénicas que tuvieran a la vez un tipo arquitectónico.

Fué Napoleón III quien concibió el grandioso proyecto de levantar sobre los escombros de la vieja ciudad, el magnífico palacio del París moderno.

Y era mucho más costoso que demoler los edificios del pasado, destruir los prejuicios y las preocupaciones de los espíritus de esa época que estimaban como peligrosa locura la idea genial de Napoleón III.

Se trabó, entonces, una ruda batalla entre el espíritu antiguo con el espíritu moderno, de la que salió triunfante el impulso del progreso.

Para poder realizar su magna empresa, Napoleón necesitó de un hombre que fuera el brazo activo y enérgico, capaz de sostener esa ruda campaña. Y ese hombre fué el barón de Haussmann, que ha hecho célebre su nombre, colmando de riquezas y de prosperidades a su patria.

Napoleón, al emprender esta obra, pretendía hacer de París la capital del mundo, atrayendo hacia ella a todos los extranjeros y haciendo, puede decirse, de la capital un muestrario en el que se exhibieran todos los productos del arte, de la industria y del comercio de la Francia.

Era éste un plan en que aparecían reunidas las concepciones de un hombre de Estado, los cálculos de un economista y los idealismos del ar-

tista. Y este hermoso plan encontró en Napoleón el cerebro, en Haussmann el brazo y en Alphand el arquitecto-artista que trazó las líneas panorámicas de la ciudad modelo.

Tuve ocasión de ver en París un curioso Museo en el cual se guardan todos los documentos de su transformación; las publicaciones de la prensa, las polémicas, las diatribas injuriosas contra los iniciadores, las caricaturas soeces difamando al Emperador y a su Prefecto Haussmann, las fotografías del populacho amotinado, estorbando la acción de los demolidores; en fin, toda esa baja explosión de la estupidez y de la ignorancia humana contra los agentes nuevos del progreso. Y ahí mismo, al lado de esas miserias, se observan dos grandes cuadros comparativos, en los cuales se ve, a un lado, un gráfico mostrando el París antiguo, tortuoso, miserable y sucio, y hacia el opuesto

extremo el París moderno iluminado, amplio, generoso, bañado de luz y de aire y con perspectivas soberbias, en las cuales se destaca un arco de triunfo, un templo majestuoso o un monumento de buen gusto.

Ahí está simbolizada, señores, la eterna lucha de las corrientes humanas: una que se aferra del pasado, con terror al porvenir; y la otra más noble, más abierta, más generosa, que rompe los diques de todas las resistencias y, como una avalancha bienhechora, arrastra a la humanidad hacia el progreso!

La transformación de París, aprovechando su situación geográfica, ha sido y es un factor permanente de riqueza interna y de preponderancia exterior para Francia. Son millones de francos los que penetran en su circulación económica, por el conducto de París.

Es un problema no discutido en la

hora presente que la belleza y el desarrollo de la capital es factor necesario en la vida de un país.

El rol de los capitales es el de un exponente gráfico de la cultura y del progreso general de la nación.

Este criterio ha puesto en acción a todas las ciudades de Europa para sacudirse de su indumentaria antigua, presentándose con las galas de la edilidad moderna, al torneo de la civilización que ha alcanzado el siglo XX.

Bruselas, Viena, Berlín, Madrid, Roma y en general todas las capitales europeas, han cambiado su antiguo sistema de viabilidad y de edificación, obedeciendo a un propósito económico y práctico a la vez, sin descuidar con ello las galanuras de la estética.

De esta suerte, las capitales han llegado a ser un punto de atracción

para los forasteros, a la vez que para la gente del país, sirviendo ellas como de modelo objetivo a las ciudades de provincias.

Esta progresista iniciativa de las capitales europeas ha encontrado eco feliz en todas las ciudades de Norte América, y en algunas de las capitales de la América del Sur.

Hemos visto con asombro la transformación rápida de Río de Janeiro, que, como tocado por varilla mágica, ha surgido de los escombros de la vieja y sucia ciudad tropical, levantando avenidas de palacios ahí donde no existía sino una amalgama de caseríos infectos.

Hé aquí, señores, un ejemplo que debemos tener en vista, porque está al alcance nuestro y porque concurren en él razones económicas y políticas que nos son comunes.

Río de Janeiro, como vosotros lo sabéis, era hasta hace diez años un

centro mortífero, del cual huían, asustados, todos los extranjeros; hasta los Ministros diplomáticos buscaban un refugio en las alturas de Petrópolis contra los estragos de la fiebre amarilla.

Pero merced a la energía de algunos espíritus videntes, entre los cuales figura en primera línea el actual canciller señor Lauro Müller, se concibió el patriótico proyecto de hacer de la capital del Brasil una ciudad atrayente, próspera e higiénica, en la cual se aunaran las magníficas bellezas naturales con las obras de ornato y de saneamiento.

En muy pocos años, tal vez en cinco, hemos visto, con nuestros propios ojos, lo que puede el trabajo, la fe y el patriotismo de algunos espíritus avanzados.

Hemos visto con estupor abrirse de par en par al extranjero una ciudad nueva, de la cual han desaparecido todas las razones que impedían al

afluencia de capitales y de hombres.

¡Qué inmensa riqueza representa para el desarrollo del vastísimo territorio brasileiro, haber saneado y embellecido su puerta de entrada!

¡Cuántos millones van a precipitarse por ella al progreso general del Brasil!

Hoy mismo ya se hace sentir en una forma efectiva la utilidad de la transformación de Río de Janeiro, y el comercio es el primero en experimentar los beneficios. Más de treinta mil extranjeros van todos los años a pasar los meses de invierno en el ambiente tibio de esa ciudad. Hoy se dirigen a él los vecinos del Uruguay y la Argentina; mañana, a medida que las comunicaciones se aceleren, irán los europeos y los americanos del norte, llevándoles un contingente inapreciable de riqueza.

Y si queremos otro ejemplo, más a la vista nuestra, observemos lo que

significa para la prosperidad y la riqueza de la República Argentina, la transformación de su capital.

Un soplo de vitalidad ha agitado la vida económica de nuestros vecinos, desde el día en que ellos abrieron la puerta al capital y al comercio europeos, presentándoles una ciudad higiénica, hermosa y llena de atractivos.

Buenos Aires, con su Avenida de Mayo, sus grandes plazas panorámicas, sus valiosos edificios públicos, sus monumentos, sus teatros, es hoy un centro de riqueza y de cultura que se refleja sobre el resto del país.

La influencia de esta ciudad y la de Río Janeiro, se ha hecho también sentir sobre Montevideo, capital que hoy destina grandes sumas a su embellecimiento, poniendo a la cabeza de su transformación a un núcleo de hombres de buen gusto.

Entre nosotros, felizmente, se observa desde hace algún tiempo un

patriótico resurgimiento en el cual corresponde a la juventud una parte principal de iniciativas y de entusiasmos.

En este movimiento de reacción que, en buena hora, ha venido a agitar las aguas al parecer estancadas de nuestro organismo nacional, se abren camino todas las ideas modernas, se despeja el horizonte del porvenir, mostrándole a la generación de hoy un Chile nuevo, con hombres nuevos y con ideas nuevas.

A esta generación le corresponde la magna obra de la transformación de nuestra capital, siguiendo con ello el ejemplo que nos han dado los países vecinos, ya que los ejemplos de Europa nos quedan demasiado grandes para nuestros escasos medios.

Sobre la transformación de Santiago hay dos proyectos, señores.

Uno ha sido elaborado por la Comi-

sión Parlamentaria y el otro, es el fruto de los estudios de las comisiones designadas por las sociedades de arquitectos, de ingenieros y de Bellas Artes, que han tenido la feliz coincidencia de uniformarse en un mismo proyecto, cosa que raras veces sucede entre nosotros.

Este acuerdo de las tres comisiones técnicas significa, por lo menos, que el proyecto en cuestión tiene un sentido práctico evidente, porque no puede suponerse que las tres sociedades hayan coincidido en un plan de pura fantasía.

Es lógico suponer que se han hecho estudios y cálculos detenidos, que se han consultado todos los factores que desempeñan algún rol en esta clase de problemas, antes de presentar el proyecto que el público conoce por las publicaciones de la prensa.

Es muy aventurado decir, como alguien ha dicho, que ese proyecto es

de pura imaginación, un sueño de artista de imposible realización.

Los ingenieros y los arquitectos, por lo general, son hombres esencialmente prácticos, y pocas veces se ocupan de meras fantasías. Es lógico suponer que la obra propuesta por ellos no es obra imaginativa.

Por el contrario, es un proyecto enteramente viable, y que responde a las necesidades de circulación y de ensanche de nuestra capital.

Como vosotros lo observaréis en el plano que se exhibirá en esta conferencia, no solamente consulta la armonía y la belleza de las futuras vías de comunicación de Santiago, sino que da facilidades para el movimiento, acortando las distancias inútiles que hay entre los distintos puntos de la capital.

Por ejemplo, una de esas avenidas, que partiendo de la estación de Ñuñoa, enfrenta la plazuela de San Isi-

dro, sigue hacia la Moneda continuando hasta las plazas del Brasil y Yungay, une directamente dos puntos opuestos de la ciudad que están hoy incomunicados.

Puede hacerse, así, en diez minutos el trayecto que hoy tarda media hora de interminables y molestos zig-zags, por calles tortuosas y bárbaramente pavimentadas.

Facilitar y acelerar la circulación es uno de los propósitos que tiene en vista el proyecto a que hemos hecho referencia.

Y otro ejemplo de esta intención es la Avenida que une la Estación del Mapocho con la de la Alameda, atravesando la Plaza Brasil, la cual reduce a catorce cuadras, más o menos, un trayecto que hoy tiene treinta, reportando este acercamiento una gran economía de tiempo y de dinero en todo el movimiento comercial de nuestra capital.

Nos figuramos que bastarán estos ejemplos para manifestar que el proyecto de los arquitectos no es una fantasía de artista, y que responde a las necesidades prácticas del Santiago futuro.

Se ha dicho, también, que su ejecución costará sumas enormes, y que él traería una crisis de construcciones en la ciudad, debida a nuestros escasos recursos financieros.

Estas observaciones manifiestan, desde luego, que no se conoce el proyecto y se dan opiniones antes de tener idea de cómo él va a desarrollarse.

Es un error vulgar y con ribetes cómicos suponer que a nuestra capital, para abrirle sus grandes avenidas, se le va a partir en grandes tajadas, algo así como quien trata de partir un queso en rebanadas...

Es absurdo pensar que las diversas avenidas indicadas en el plano, van a ejecutarse conjuntamente, lo cual

al instante se comprende que es de imposible realización, porque, desde luego, faltarían materiales de edificación, brazos para el trabajo y dinero para una y otra cosa.

El proyecto de los arquitectos e ingenieros propone que se haga por ahora una sola avenida: la más práctica, la más económica; la que dé resultados financieros más inmediatos: la avenida entre las estaciones de Mapocho y de Alameda, por ejemplo.

Una vez abierta y edificada esa avenida, es decir, de aquí a ocho o diez años, se pensaría en abrir otra que respondiera a las necesidades económicas de la población.

Esta primera avenida sería una lección objetiva al público de Santiago para manifestarle, con la elocuencia de los hechos materiales, las ventajas de vivir con desahogo, y amplitud.

No se pretende forzar la máquina, levantando avenidas ahí donde no hay habitantes que puedan construir edificios valiosos.

Sólo se pretende, y es muy lógico desearlo, que se apruebe una vez por todas, en Santiago, un plano definitivo y racional de transformación al cual se sometan todas las nuevas obras que se emprendan en el futuro, tal como existe en casi todas las ciudades del mundo.

Nada significa que ese plano se ejecute en cincuenta o más años.

Lo importante es que exista una pauta a la cual deban ceñirse las transformaciones, para evitar de este modo las continuas variaciones que, por la brega constante de intereses particulares, impedirían la ejecución de un plan económico y bien concebido.

Otra de las observaciones que se han formulado a este proyecto, es la

cantidad de millones que él requiere.

¡De dónde van a sacarse esos millones!—exclama la gente, alarmada. ¡Qué locura, qué insensatez la de gastar cien millones en Santiago!—vociferan otros, indignados. ¡Qué absurdo imponerle a un Fisco como el nuestro, en eterno déficit, este nuevo gravamen!—exclaman algunos financistas.

Todo esto quiere decir, simplemente, que nadie se ha preocupado de estudiar el problema de la transformación y se habla de ella al divino botón.

Desde luego es necesario explicar cómo va a funcionar el mecanismo de esta transformación, a fin de ahorrarnos los comentarios equivocados que a menudo se hacen.

Acordada la apertura de una avenida, cuyo costo de expropiación se encuentre ya bien estudiado, se levantaría un empréstito externo de

veinte o más millones para comprar los terrenos que debe atravesar la avenida; y, además, una faja de terreno a ambos lados.

Una vez abierta esta avenida, bien pavimentada, plantada, con sus servicios de desagües, calzadas y aceras, se venden en pública subasta los retazos de terrenos que queden a ambos lados, y con el producto de esa venta se pagan los gastos de la avenida.

Tal es el sistema ideado por Haussmann, en París, y que ha dado excelentes resultados donde quiera se le haya aplicado.

Puede que alguna vez este procedimiento dé alguna pérdida; pero ésta será siempre insignificante.

Por vía de ejemplo, manifestaremos solamente que la avenida proyectada entre la estación Mapocho y la Monea, por el centro de las manzanas, sólo costaría al Fisco o a la Municipalidad, una suma inferior a un millón

de pesos, porque la reventa de los terrenos sobrantes daría casi para costear la expropiación.

Debemos advertir que al emprender esta obra se respetarían todos los edificios más importantes que hay comprendidos entre los puntos indicados, como ser la Caja Hipotecaria, la imprenta de *El Mercurio* y otras construcciones particulares de positivo valor.

La entrada a Santiago por la estación Mapocho sería digna de una ciudad civilizada; y nos ahorraríamos la vergüenza de atravesar por los infectos tugurios, dignos de un pueblo árabe, por donde nos salen al encuentro las legiones de microbios que engendran el barro y la mugre de ese arrabal vecino a la estación Mapocho.

Nuestra capital no puede permanecer adormecida, observando con perezosa somnolencia, el progreso de las capitales de la América del Sur.

Hoy mismo hemos visto que en La Paz se proyecta hacer una avenida central que facilite el movimiento en la ciudad.

¿Esperaremos nosotros que nos dé el ejemplo la capital de Bolivia?

Santiago necesita despertar de su letargo colonial y sacudir sus brazos con impulsos modernos de progreso. De otra suerte iremos fatalmente decayendo en sentido moral y material.

Santiago necesita prepararse para recibir a los extranjeros que en una fecha no lejana deben visitarnos. Es bien sabido que el canal de Panamá atraerá hacia Sud-América una gran corriente de viajeros y comerciantes de Norte-América, gente toda habituada al confort y que lo exige donde quiera que vaya.

¿Qué dirán de nosotros los extranjeros que por desgracia nos visitan en

la hora actual, al encontrarse con una ciudad sin hoteles, sin pavimentos, sin pasatiempos y sin agua, muchas veces, para tomar un baño...!

Todo esto es simplemente muy lamentable, por no emplear una expresión más dura, aunque bien merecida.

Es cuestión de decoro nacional modificar tal estado de cosas.

La capital es el salón de la casa, y toda casa que se respeta tiene su salón limpio y sus muebles en buen estado, para que puedan sentarse las visitas.

Entre nosotros, los muebles están desvencijados y el salón sucio.

No nos engañemos, señores, con lo que nos dicen algunos extranjeros para halagar nuestro amor propio.

Esas son nada más que palabras amables de golondrinas viajeras.

Cosas muy distintas dicen ellos apenas vuelven a su país; y bien sa-

bemos que los que más elogian el carácter y lo pintoresco de nuestra capital, son los que más se ríen de ella apenas vuelven las espaldas...

Emprendamos con fe y entusiasmo la transformación de esta gran aldea en gran ciudad, persuadidos de que esta obra nos reportará grandes beneficios.

A la generación actual le corresponde abrir los cimientos para poner la primera piedra del Santiago futuro; y no debemos proceder con egoísmo en esta gran obra de solidaridad patriótica.

Que no se diga de nosotros lo que de aquellos espíritus egoístas y utilitarios, que no plantan árboles porque temen no alcanzar a disfrutar de su sombra.

La grandeza de una nación se compone de la suma de sacrificios y de los aportes de progreso que hace cada

generación, para formar el edificio de su prosperidad futura.

Nosotros deseáramos que, en la realización de esta magna empresa, predominara el criterio del profesional y el sentimiento del artista, que se han aunado esta vez en un feliz consorcio.

No es una aventurada pretensión nuestra pedir que se tome en cuenta la opinión de los ingenieros y de los arquitectos, cuando se trata justamente de obras de ingeniería y de arquitectura.

Muy digna de aplausos nos parece la iniciativa parlamentaria en este interesante problema. Pero creemos que en él debe tolerarse la modesta participación de los profesionales, porque, al fin y al cabo, señores, los arquitectos e ingenieros deben saber un poco más en estas materias que los representantes del soberano pueblo.

¿Por qué se condena a puertas ce-

rradas el plano técnico de las tres sociedades?

¿Por qué no se someten al arbitraje de un especialista ambos proyectos, y se adopta el fallo de un árbitro, de indiscutida autoridad en estas materias, como sería el del célebre ingeniero Bouvard, jefe de los trabajos de arquitectura de París?

Por nuestra parte, no dudamos que Bouvard, al estudiar en el plano ambos proyectos, acogería sin vacilar el de los profesionales.

La ciencia siempre marcha de acuerdo con el buen gusto, y lo útil se hermana con lo bello.

¡Que esta bella armonía, señores, se produzca entre nosotros y que nuestra capital sea, en sus líneas y en su configuración futura, digna del grandioso marco con que la ha dotado la naturaleza!

Santiago está destinado a un gran porvenir: abramos nosotros los ci-

mientos de la ciudad futura, en donde va a florecer una generación nueva, inspirada en nobles ideales de patriotismo y de progreso.

CONFERENCIA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

«Señoras, señores:

Hace dos años, en este mismo local, discurríamos como ahora, sobre el problema de la transformación de Santiago, que se ha debatido largamente en la prensa y ha preocupado más de una vez la atención de las Cámaras.

Observábamos entonces que la opinión pública miraba, si no con indiferencia, con recelo al menos, este problema, atribuyéndole menos importancia de la que realmente tiene.

Hoy, señores, nos parece sentir en la atmósfera ciertos síntomas precursores de un cambio de orientación en el criterio público.

Se nota cierto deseo, cierta curiosidad por conocer el problema que hace poco era considerado como una simple utopía.

Se observa en Santiago un movimiento general de transformación, tanto en lo material como en lo moral. La vieja ciudad española, que ha dormido cuatro siglos al rumor de campanas en una quietud casi monacal, principia a desperezarse, y sacude sus brazos, movida por los impulsos modernos del progreso.

En el aspecto general de la vida, en el espíritu de la gente, en las innovaciones de diversa índole, que se implantan a diario entre nosotros, se nota una tendencia, un deseo de cambiar el estado de cosas actual por otro superior. En Santiago se observa

hoy el movimiento intenso de una población que circula en todas direcciones dándole un aspecto variado y, a veces pintoresco a los diversos barrios de la ciudad. Por donde quiera que se vaya se notan síntomas de vida y de movimiento, cosa que no sucedía en años anteriores. Se ve en las calles gente nueva, tipos de extranjeros que circulan atareados gestionando sus negocios, tipos que ya no despertan esa peculiar curiosidad del santiaguino que, al verlos, se preguntaba ¿quiénes son y a qué han venido?

En los tiempos en que nuestra capital era una gran aldea, no podía asomar las narices entre nosotros un forastero, sin provocar más de un comentario; hoy éstos pasan desapercibidos, lo que es una prueba más de que nos vamos convirtiendo en gran ciudad.

Muchos son los factores que han influido y que seguirán influyendo en este cambio favorable. Tenemos, desde luego, las nuevas vías de comunicación, que unen el sur de Chile con la capital; el ferrocarril longitudinal que nos ha puesto en contacto rápido con las provincias del norte, y el trasandino que nos trae una corriente continua de viajeros; en un año más, el canal de Panamá quedará entregado al tráfico mundial, y por él afluirá a nuestro país una circulación constante de hombres, de negocios y de ideas.

Nadie puede poner hoy en duda, el cambio que va a operarse en Chile y particularmente en nuestra capital, con la aproximación a un gran centro de cultura y de riqueza.

En muy poco tiempo más tendremos en Santiago una afluencia no interrumpida de visitantes que pasarán de tránsito en viaje a los países del

Atlántico; y debemos, desde luego, prepararnos para recibir a los nuevos huéspedes, en forma de hacerles grata su permanencia entre nosotros. De otra suerte, nos sorprenderán desprevenidos, tal como esas dueños de casa, venidas a menos, y que pretenden aparentarle a sus visitantes.

Imprevisión será ésta que, a más de desprestigiarnos en el exterior, nos privará de las pingües entradas que siempre deja en las ciudades el movimiento de los negociantes y turistas.

En todos los países del mundo se atribuye una gran importancia social y política al desarrollo de sus capitales, como un medio de propagar las ideas de cultura y de progreso en el resto del país.

«No puede existir un gran país sin una gran capital», decía Napoleón III al iniciar su magna obra de la transformación de París, para convertirla en un centro de atracción mundial.

Bien conocida es la campaña del emperador Guillermo para hacer de Berlín una gran capital en la cual se hallaren reunidos y utilizados todos los elementos del progreso moderno. Sin omitir esfuerzos ni dinero, ese gran monarca previsor ha conseguido darle a Berlín un lugar preponderante entre todas las ciudades alemanas, y uno de los más importantes en el mundo, persiguiendo con ello un fin político de alta transcendencia.

Igual cosa hace hoy en Madrid el progresista Alfonso XIII, quien ha cooperado, con sus propios recursos, a obras de mejoramiento local, comprendiendo, con criterio moderno, la significación que tiene para España el progreso de su capital.

Y para qué, señores, seguir invocando estos ejemplos lejanos y que nos quedan muy grandes, cuando tenemos cerca de nosotros, manifesta-

ciones prácticas de este mismo espíritu. Ahí está, señores, Río de Janeiro, ataviado con sus lujosos y cómodos arreos de ciudad moderna probándonos que los estadistas brasileiros han comprendido el problema de dotar al país de una gran capital.

Hemos visto estadistas de la talla de Río Branco, de Lauro Muller, de Pereyra Passos a la cabeza del movimiento que transformó, por obra de encanto, la infecta ciudad portuguesa, en una magnífica metrópolis de corte moderno. Y antes que Río de Janeiro hemos visto a Buenos Aires despojarse de sus viejos vestidos coloniales para engalanarse con el ropaje amplio y suntuoso de la edilidad moderna. Hombres de Estado de la altura de Roca, de Pellegrini, y de Avellaneda fueron los primeros en Sud-América en proclamar la necesidad de dotar a las capitales de elementos superiores para hacer de ellas un cen-

tro de atracción y de negocios. De este concepto surgió el Buenos Aires moderno, que, como es sabido, es un vasto centro cosmopolita en el cual los europeos encuentran los mismos elementos de confort que en su país natal.

Idéntico criterio impulsa hoy la actividad de todos los países del mundo, en todos los cuales las ideas de embellecimiento, de higiene y de progreso urbano constituyen una de las preocupaciones primordiales de los hombres de Estado.

En el año último, en la Exposición Internacional de Gante, se consagró la importancia de las obras edilicias como un factor económico y social, indispensable en la vida de los pueblos modernos.

En la actualidad se celebra en Lyon una gran Exposición Mundial, organizada por el alcalde de esa ciudad y que está destinada exclusivamente

a comparar los progresos edilicios de las diversas ciudades del mundo.

En medio de la atmósfera de universal interés hacia ese problema vital, nosotros manifestamos por él una desdeñosa indiferencia y una crasa ignorancia.

A pesar de los abnegados esfuerzos que ha hecho un grupo de hombres de buena voluntad, no se ha querido dar si no una muy limitada importancia a estos asuntos. A nuestra capital no se le ha dado el rango que ella merece y que debe tener para guardar relación con la situación de nuestro país en la América del Sur.

Domina, por desgracia, entre nosotros un espíritu demasiado estrecho, demasiado timorato, demasiado mezquino para acometer obras de aliento y nos hace falta también, esa noble emulación de progreso que es la palanca más poderosa para mover el desarrollo de los pueblos.

Es lástima grande, señores, que no exista entre nosotros ese nervio impulsor de la competencia, sin el cual la vida de los pueblos, así como la de los individuos es precaria y lánguida.

Nosotros hemos visto, con impasible indiferencia, como algunas capitales de la América del Sur, que hace veinte años eran inferiores a la nuestra, la han distanciado en forma tal que jamás lograremos alcanzarlas.

Nos hemos quedado mirando con indolencia la vertiginosa carrera de nuestros vecinos; y para darle una excusa a la apatía del carácter nacional, nos hemos formado la idea de que somos muy pobres, y no podemos darnos el lujo de acometer obras como las que han realizado nuestros vecinos.

No es pobreza, señores, la enfermedad que nos aqueja: es falta de horizontes, es pusilanimidad, es estrechez de miras para observar los acon-

tecimientos del porvenir. Discutimos eternamente las cosas más sencillas perdiéndose en palabras inútiles el tiempo que debería emplearse en la acción.

En nuestro país no existe el factor tiempo, que en otras partes es tan valioso como el factor dinero.

Obras que en otras ciudades se ejecutan en un año, entre nosotros tardan diez y más años. y he aquí una de las causas por qué nos vamos quedando atrás en el camino de rápido progreso que han tomado nuestros vecinos.

Hace tres años el Senador por Santiago, don Ismael Valdés Valdés, a quien debemos reconocer como uno de los escasos hombres públicos que se han preocupado de estos problemas, considerados como asuntos baladíes por otros graves señores, propuso en el Senado la idea de abrir una Gran Avenida diagonal, que uniera

la Estación Central de los Ferrocarriles con la Estación Mapocho, a fin de acortar la distancia y facilitar el comercio entre estos dos grandes centros de actividad.

Justamente, en esa misma época se lanzó en Buenos Aires la idea de abrir dos grandes diagonales, rompiendo el corazón mismo de la ciudad, donde el metro de terreno vale hasta ocho mil nacionales.

Las avenidas de Buenos Aires están próximas a terminarse y la de Santiago aún no ha sido tomada en serio por las autoridades.

En el año 1912, la Sociedad Central de Arquitectos, en colaboración con el Instituto de Ingenieros y el Consejo de Bellas Artes (es decir, las tres autoridades técnicas en la materia) se pusieron de acuerdo en un plano de conjunto que consultaba y preveía el desarrollo de Santiago durante cien años.

De ese feliz acuerdo resultó una obra hermosísima, en la cual se armonizaban las ideas del artista con las preocupaciones del higienista y las exigencias del hombre de negocios.

Este plano obtuvo, como es sabido, un voto de aplauso en el Congreso de Ciudades celebrado en Gante el año último, en el cual estaban presentes todas las autoridades técnicas de Europa en el ramo de la transformación de ciudades.

Mas, no le ha cabido la misma suerte en nuestro país. La mayoría del público no se ha penetrado bien del objeto que persigue ese proyecto, y muchos han dicho que se trata de algo fantástico y de costosa ejecución.

El Comité de transformación de Santiago ha dicho y ha repetido en reiteradas ocasiones que esta es una opinión equivocada, absolutamente

equivocada, porque sólo se trata de hacer un plano que sirva de pauta o de norma a las transformaciones futuras a fin de someterlas todas a un criterio uniforme.

El Comité sólo ha podido—y llamamos la atención sobre esto—que se haga nada más que una Avenida diagonal, la que sea más económica, la más práctica, la más fácil de ejecutar y la que consulte los intereses generales de toda la ciudad.

Pretendemos solamente que se haga esta primera avenida como un ensayo práctico para manifestar objetivamente al público las ventajas de vivir en un espacio amplio en medio de plantaciones de árboles, en casas iluminadas por el sol y saneadas por el aire, en vez de vejetar en calles sombrías en donde germinan todas las epidemias.

No son grandes nuestras pretensiones, señores, por esta razón nos ha-

laga la esperanza de verlas realizadas.

La Municipalidad de Santiago, que hoy está representada por los elementos más cultos de la capital, no dudamos de que pondrá al servicio de esta obra los recursos de su influencia y de su buena voluntad.

Es a ella a quien corresponde señalar en definitiva el plano que debe adoptarse y nosotros confiamos plenamente en su ilustrado criterio.

La parte económica de esta Empresa, que es la que más inquieta al público, se puede, decir, está resuelta de antemano, porque al ejecutar la nueva avenida se van a expropiar dos fajas de terreno a ambos lados con cuya reventa se pueden costear largamente los gastos de la ejecución.

A más de esto existe una propuesta concreta de un importante Sindicato belga de la cual tiene conocimiento nuestra Legación en Bruselas,

que ofrece ejecutar una o más avenidas por su cuenta, sin gravamen para el Fisco ni para el Municipio, reservándose, naturalmente, los derechos a la expropiación.

Como podéis observarlo, señores, el terreno se encuentra, bien preparado para lanzar la primera semilla de esta obra. Sólo falta el impulso del público, el entusiasmo ardiente de todos vosotros para emprender la tarea, porque nada se resiste a la presión calurosa de un anhelo común, cuando ella va dirigida hacia una obra de progreso.

Yo debo suponer, señores, que vosotros tenéis cariño por la ciudad en que vivís, que ha sido la cuna de nuestros mayores, que es el hogar y la familia, que es una pequeña patria donde se desarrolla toda o casi toda la existencia.

En los paseos públicos, en las calles, en los teatros, en los monumentos de nuestra ciudad natal, palpitan los re-

cuerdos y los sentimientos de las sociedades humanas que han vivido en ella; y a esta tendencia tan natural del corazón humano, debe atribuirse el cariño orgulloso que existe en todos los países por la ciudad en que se ha nacido.

Yo no puedo creer que este sentimiento universal no exista en Santiago; por esta razón, me figuro que todos vosotros propenderéis a su engrandecimiento y seréis los paladines de su progreso.

Los vecinos de una ciudad deben ser los guardianes celosos de su belleza, de su higiene y de su ornato, tal como una buena dueño de casa lo es de su propio hogar.

Los Municipios no deben ser sino los fieles ejecutores del deseo público, en lo que se refiere a los intereses locales.

Nuestro público sufre de una enfer-

medad incurable de apatía y muy pocas veces hace uso de los derechos que tiene como contribuyente o vecino de la ciudad en que vive.

Se contenta con formular protestas en privado, ya sea en el seno de la familia o en el club. Pero no muestra a las autoridades los errores que ella ha cometido, y no hace sentir su opinión ante los poderes públicos.

Ejemplo de esta indiferencia es la ley de expropiación de 1909.

La ley actual de expropiación

¿Quién, al recorrer nuestras calles en cualquiera dirección, no se ha detenido alguna vez a preguntar qué significa esta algarabía infernal de edificios, entrantes unos y salientes otros, que están destruyendo la uniformidad de la edificación y afrentando durante siglos el aspecto de la ciudad?

Yo me figuro que nadie puede ob-

servar con indiferencia la expropiación paulatina de las calles de nuestra capital, ordenada por una ley mal estudiada y que estimamos debe derogarse antes de que ella origine mayores males.

Con el sistema adoptado por la ley de transformación parcial del año 1909, jamás veremos en Santiago avenidas amplias y uniformes, como las hay en todas las ciudades del mundo, porque es materialmente imposible obtener la edificación simultánea de toda una calle, y es muy difícil, en la práctica, la construcción homogénea de una sola cuadra siquiera.

Gracias a esta absurda disposición, estamos convirtiendo la ciudad en un serrucho, y a cada paso nos encontramos con edificios que nos salen al encuentro, mientras otros quedan escondidos en la sombra, sin guardar entre ellos armonía, ni proporción.

De este famoso sistema de expro-

piación resultan monstruosidades arquitectónicas y crímenes contra las más elementales nociones de la estética.

Observen ustedes, señores, con alguna atención, ciertas cuadras con edificios que se han entrado para tomar la línea y otros que conservan su antigua posición, y verán ustedes el detestable efecto que producen esas masas indisciplinadas de casas, unas más bajas, otras más altas, unas afuera, otras adentro, unas verdes, otras azules, edificadas al azar, sin orden ni concierto.

¿Cuánto va a durar esta ráfaga de destrucción que sopla sobre las construcciones de Santiago?—cabe preguntarse.

Cien años, o más,—se puede responder, sin temor de errar,—porque se necesita tan largo plazo como éste para edificar de nuevo una ciudad; y las disposiciones de esta ley no esta-

rán cumplidas hasta que la última casa de Santiago no haya tomado la línea que ella le fija.

Debemos reconocer, sí, que la ley de 1909 ha dado excelentes resultados en el barrio central, gracias al oportuno auxilio que le han prestado los incendios comerciales, que con extraordinaria frecuencia visitan ese barrio y le dan prosperidad...

Natural es que ella continúe en vigencia allí, donde ha mejorado la ciudad; pero que se derogue en el resto de Santiago, donde no concurren ninguna de las razones que existen en el *centro* de la capital.

A más de los defectos materiales que hemos señalado, hai otros no menos graves de carácter económico que afectan directamente el presupuesto municipal.

Actualmente, la Municipalidad debe cerca de cuatro millones de pesos

a los expropiados, y necesita de un empréstito especial para pagarlos.

¿Cuánto deberá en pocos años más? ¿Y con qué dinero va a pagar las nuevas expropiaciones, cuyo monto anual nadie puede determinar?

Necesitará, todos los años, golpear a las puertas del Congreso, pidiendo un nuevo empréstito para satisfacer las justas peticiones de los vecinos que piden se les pague lo que el Municipio les adeuda.

¿Se obtendrá siempre del Congreso, este dinero? Me atrevo a dudarlo, señores, y mucho me temo que esta ley sea un germen de discordia permanente entre la Municipalidad y los vecinos.

No existe ciudad alguna que haya dictado una ley de ensanche total de todas sus calles, porque esto equivale a decretar la reconstrucción de la ciudad en un plazo indefinido.

En todas las capitales de Europa y

América hay calles angostas, más angostas que las nuestras, las cuales desembocan en una gran arteria y que son como los afluentes pequeños de una corriente central.

Nosotros pedimos que se haga en nuestra capital lo que se ha hecho en las demás ciudades. No tenemos para qué inventar cosas nuevas, ni por qué innovar en asuntos que han sido hábilmente estudiados por grandes ingenieros y por artistas eximios.

Deseamos, por tal razón, que se haga en Santiago lo que se ha hecho en Buenos Aires y Río de Janeiro, lo que se está haciendo en Montevideo y lo que se hará en todas las capitales de Sud-América.

Pedimos que todas las expropiaciones que hoy se hacen a destajo en todos los barrios de la ciudad, se concreten prácticamente a un solo punto; y que se haga una sola avenida diagonal, como una enseñanza obje-

tiva para el público, que sabrá apreciar en poco tiempo el resultado económico y estético de la nueva ley.

Nosotros deseáramos que la apertura de esta nueva avenida coincidiera con la apertura del Congreso Municipal, que debe celebrarse en septiembre próximo, para mostrar a los alcaldes de todo el país, que vendrán a visitarnos en esa época, los nuevos rumbos de la capital.

Esta debe dar el ejemplo de cultura social, de belleza arquitectónica y de progreso ordenado y científico.

Nosotros debemos mirar con valentía y sin egoísmo el porvenir, dejándoles a las generaciones futuras una huella de nuestro esfuerzo, para que ellas disfruten de él, tal como esos buenos labradores que plantan árboles a fin de que otros vengan a cobijarse bajo su sombra.

NOTA.—El proyecto de los arquitectos fué aprobado por la Municipalidad de Santiago, en Mayo de 1914.

Discurso del Delegado del Gobierno de
Chile don Alberto Mackenna S. en
el Congreso de Ciudades de Gantes.
—27 de Julio de 1913.

Santiago siguiendo la corriente de las otras capitales de la América Latina y en previsión del futuro desarrollo del país, ha concebido un hermoso proyecto de transformación, debido a la iniciativa de la Sociedad Central de Arquitectos y apoyado por el Instituto de Ingenieros y por el Consejo de Bellas Artes.

Estas tres sociedades técnicas han

tenido la suerte de coincidir en un plano común en el cual se consultan, a la vez, las condiciones de viabilidad, de ensanche y orientación de la ciudad, junto con la estética de las calles y avenidas.

Este proyecto, ha sido también recomendado a las Cámaras por la nueva Municipalidad de Santiago que está inspirada en los deseos de dar a la capital la situación que le corresponde en Sud-América.

En él se consulta, con largo espíritu previsor el desarrollo social y la expansión comercial de Santiago durante un siglo.

Es un plano de conjunto, hábilmente combinado, en el cual están previstos e indicados todos los detalles, y su ejecución es perfectamente lógica.

En ese proyecto se ha armonizado la belleza, con la comodidad y la higiene procurándose acortar las distancias entre los diversos puntos de

la ciudad para facilitar la circulación, que hoy es muy defectuosa.

Su vasto desarrollo no permite ejecutarlo simultáneamente, sino por parcialidades, como sucede con todos los planos lógicos de transformación de ciudades.

El requiere el trabajo sucesivo de dos o tres generaciones que irán unas completando la obra de otras, tal como ha acontecido con el proyecto de Aphant, el célebre arquitecto de París.

En el proyecto a que nos referimos se determina un punto céntrico frente al nuevo Palacio del Gobierno al cual convergen las cinco grandes avenidas que cruzan la ciudad en todas sus direcciones.

Los puntos más importantes de Santiago quedan unidos entre sí por las nuevas avenidas que terminan en una especie de *rond-point* de vastas proporciones, y el cual hace recordar va-

gamente y en escala muy inferior, por cierto, a la *Place de l'Etoile* de París.

La nueva Plaza tendrá un magnífico panorama mirando de frente la cordillera de Los Andes por entre los árboles de la Avenida de las Delicias y en el fondo de cada una de las nuevas avenidas se destaca una hermosa perspectiva: un edificio de líneas arquitectónicas, como el Palacio de Bellas Artes, estilo Renacimiento francés, o un bello paisaje.

Se consulta, al mismo tiempo, en el plano aludido un Stadium, un campo para juegos de sport, un campo de aviación, grandes parques y jardines, a más de una gran extensión de terrenos destinada a casas económicas para obreros.

El sentimiento del artista se ha unido al criterio del economista y al espíritu de previsión social para confeccionar un plano en el cual están con-

sultadas todas las exigencias de la edilidad moderna,

La parte económica del proyecto ha sido bien estudiada y no sobrepasa los límites de una inversión ventajosa para el desarrollo de nuestra capital.

Siguiendo el sistema de expropiación ideado por el Barón de Haussman en la transformación de París, Santiago puede realizar esta obra con un capital no superior a cincuenta millones, el cual se invertiría a medida que las necesidades de la población y el aumento del comercio exijan la ejecución de las diversas partes del proyecto.

La capital de Chile por la suavidad incomparable de su clima por sus magníficos paisajes naturales está destinada a ser un punto de atracción para los extranjeros, una vez que la ciudad se encuentre dotada de todas

las comodidades que exige la vida moderna.

El Ferrocarril Trasandino ha abierto el paso hacia Chile de los países del Atlántico y ha facilitado grandemente el viaje a Europa que antes era muy penoso.

El Canal de Panamá abrirá en poco tiempo más el camino a la corriente de los Estados Unidos y de América Central y no es aventurado suponer que el clima de Chile y sus bellezas naturales atraerán hacia él una flota de turistas y de hombres de negocio, ya que nuestro país es bien conocido por sus grandes riquezas mineras, casi inexplotadas.

Santiago, en pocos años más, será el centro del turismo Sud-Americano por su situación geográfica y por las facilidades de la vida.

Los viajeros de las repúblicas de Centro América y de América del Sur tales que Ecuador, Colombia, Perú,

Bolivia, para trasladarse a Buenos Aires o Río de Janeiro deberán hacer escala en Santiago.

La capital de Chile en previsión del porvenir que se le aguarda ha concebido un bello proyecto de transformación gracias al cual se colocará a la altura que le corresponde dado el progreso general del país.

En Chile se sabe hoy apreciar el rol que le corresponde a la capital en el desarrollo general del país y se desea por tanto que ella sea el exponente de su cultura intelectual y de su desenvolyimiento industrial.

La nueva generación chilena tiene la noble ambición del progreso en sus formas más amplias y desea abrir sus puertas al mundo extranjero, ofreciéndoles una ciudad higiénica y agradable en donde la vida se desarrolle en un ambiente culto y donde los hijos del país, se sientan atraídos a permanecer.

La capital de Chile, realizando el proyecto, que hemos dado a conocer ante los honorables miembros del Congreso de Ciudades, será realmente el corazón del país y el reflejo fiel de la cultura de nuestra raza.

Gantes, julio 27-1913.



Una exposición de planos de ciudades

(Conferencia dada en el Salón de la Universidad el 2
de Octubre de 1914)

«El Comité de transformación de Santiago siente una legítima satisfacción al observar que sus deseos y previsiones han sido confirmados con la magnífica Exposición de Planos que se ha exhibido en el Palacio de Bellas Artes.

Todo lo que el Comité previó y calculó para darle mayor belleza y más

prosperidad a nuestra capital, es lo que se ha hecho con grandes resultados prácticos en otras ciudades más adelantadas que la nuestra. Nosotros no teníamos la pretensión de innovar en un problema que tiene sus fórmulas bien establecidas; nuestra tarea era adaptar al propio medio los problemas de edilidad, que han sido ventajosamente resueltos en otras partes.

Después de tres años de ingrata labor, hemos podido observar que el público principia a interesarse por las cuestiones municipales.

Va abriéndose paso entre nosotros, aunque lentamente, ese mismo espíritu que ha impulsado la actividad de otras ciudades: algo que puede llamarse el nervio motor del progreso edilicio.

El público se preocupa de sus ciudades, se interesa por sus proyectos, observa lo bueno que hay en ellos y

señala los defectos, siente aspiraciones a algo mejor y procura imponerse de los progresos de otras ciudades para implantarlos en la propia: en una palabra, el público de Santiago principia a comprender que el adelanto de la capital significa la prosperidad o el agrado de todos los que habitan en ella, y muy especialmente de los que poseen propiedades.

Este síntoma es un gran paso hacia el mejoramiento de nuestra vida urbana.

El día en que nuestro país se penetre de lo que representa el progreso de nuestras ciudades para la riqueza particular, ese día nuestras poblaciones saldrán del caos en que hoy se encuentran. La cooperación de todos en una obra común, cual ésta, será el único medio de darle impulso moderno a nuestra decaída organización municipal.

La ciudad es la más grande de las Cooperativas, y ella necesita el con-

curso abnegado de todos los espíritus y de todas las voluntades.

En la admirable Exposición de Planos que nos ha traído de Estados Unidos Mr. Latrohp, hemos podido observar el concepto que existe en países más adelantados que el nuestro de los problemas municipales. Hemos podido apreciar el criterio sabio y previsor que dirige la fundación de las ciudades en los Estados Unidos y en las nuevas poblaciones europeas.

Todo ha sido pensado, todo calculado, previsto y estudiado antes de fundar un centro donde debe ubicarse una agrupación humana. La orientación, la luz solar, el agua, el suelo y el subsuelo, la dirección de los vientos el curso de los ríos, los caminos de acceso; ningún detalle ni el más insignificante al parecer, se ha omitido en este plan de inteligente previsión.

Los hombres a medida que avanzan en el camino del progreso, tienden a hacer de la ciudad un centro de cultura, de solaz y de bienestar, donde debe desarrollarse la vida en condiciones fáciles, ahorrándose todos los sinsabores y quebrantos que antes, por razón de ignorancia y de rutina, existían.

En la formación y en la disposición de una ciudad moderna entran los más diversos y variados elementos, y todos son colaboradores necesarios que obran separadamente, si se quiere, pero que concurren a elaborar un vasto plan de conjunto. El ingeniero, el arquitecto, el artista, el higienista, el sociólogo, el botánico y muchos otros tienen su parte señalada en el desarrollo de una población moderna.

Santiago, no obstante sus buenas condiciones naturales y la belleza de las montañas que la rodean, carece de

todos los elementos que forman un centro de vida moderna. Fué trazada en epoca remota, sin método, sin plan, sin previsión, siguiendo el viejo sistema español de delinear ciudades en forma de tablero ajedrez.

Los santiaguinos, que carecen de otros puntos de comparación, se han forjado una idea exagerada de nuestra capital; y para convencerse de su error, aducen las opiniones halagadoras que nos expresan los extranjeros que nos visitan de paso.

Es natural que los que han sido nuestros huéspedes y les hemos tributado atenciones solícitas, se despidan de nosotros con una palabra amable, de igual suerte que lo haríamos nosotros con un dueño de casa a cuya mesa somos galantemente invitados.

Por malas que hayan sido las viandas y aunque el vino huelga a vinagre,

nosotros, al despedirnos, le damos las gracias cortésmente y aún le decimos que el banquete ha resultado espléndido.

Algo parecido nos sucede con los extranjeros que visitan nuestra capital. Ellos, para devolver nuestras atenciones y sernos agradables, nos ponderan la belleza de nuestra ciudad y nosotros, candorosamente, les creemos.

Cosas muy distintas dicen ellos al volver las espaldas, y más de una vez nos hemos sonrojado al leer las impresiones de viaje de los que se han ido derramando palabras de miel.

La verdad es que Santiago carece de todas las características de una capital. Es un largo y monótono caserío que se extiende desmesuradamente en todas direcciones, sin perspectivas, sin arte, sin elegancia y sin variedad en su arquitectura. Una calle es igual a todas las demás. Una

plaza es idéntica a las otras. Hay base, sin duda para hacer con estos elementos dispersos, algo muy superior; existe una excelente materia prima que puede elaborarse con sentimiento de artista.

Tal es lo que ha querido hacer el Comité de Transformación de Santiago al proyectar nuevas y anchas avenidas que ofrezcan mayor comodidad y mayor agrado a la población.

Sus propósitos tenían este doble objeto: facilitar la circulación dentro de la ciudad acortando las distancias y descentralizando los puntos demasiado congestionados junto con realizar ciertas perspectivas que hoy están totalmente perdidas.

No desconfiamos, señores, en que este proyecto se pueda realizar alguna vez, cuando la situación financiera dé lugar a estas iniciativas de progreso.

La situación actual, por desastrosa

que sea, no puede ser eterna. Los horizontes de nuestro país no deben cerrarse a la esperanza de días más prósperos.

Nosotros, al impulsar estas ideas no hacemos sino repetir el eco de lo que se ha dicho y de lo que se ha hecho en otras partes. La actual Exposición de Planos es nuestro mejor comprobante.

Se exhiben en ella algunos trazados de avenida, tales como los que se han proyectado entre nosotros, demostrándonos en forma gráfica la necesidad de expropiar una cantidad de terreno tres o cuatro veces superior al ancho de la avenida, para darle uniformidad y elegancia a la línea de sus construcciones, dejando el resto de la avenida para pagarlo con los sitios de reventa.

Se nos presenta como ejemplo la Avenida Ledru-Rollín, de París, en la cual se ha procedido siguiendo el

sistema Haussmann. En la parte superior de la proyección se ve una expropiación defectuosa en la cual han quedado diversos retazos de terreno sin edificar y que saltan a la vista como un lunar.

Al lado de ésta se exhiben otros modelos de avenidas, trazadas en París y en ciudades de los Estados Unidos que se han ceñido a las reglas del sistema Haussmann y en las cuales podemos ver un bellissimo conjunto de arquitectura.

Guiado por la experiencia de otras ciudades, el Comité de Transformación ha hecho campaña en el sentido de que la avenida diagonal proyectada entre las dos estaciones tenga toda la amplitud necesaria.

Nuestro público se alarma con la idea de la demolición de algunas manzanas de viejos caseríos, siendo que ésta es el mayor beneficio a que puede

aspirar una ciudad como la nuestra.

Todas las ciudades viejas, para modernizarse, han necesitado sacrificar una parte de los restos del pasado, a fin de ensanchar sus arterias y de permitir la circulación del aire y la entrada de la luz solar.

Río Janeiro hizo su saneamiento derribando vetustos edificios y haciendo penetrar en todas las calles el gran desinfectante del sol.

Los espacios abiertos son, en la vida de las ciudades, como los pulmones en el organismo humano. En ellos se cultivan los semilleros que perpetúan la vida de las poblaciones.

La salubridad de Londres se debe nada más que a la gran cantidad de parques y de jardines que hay diseminados en todos los barrios. Es un ejemplo hermosísimo el que nos ofrece esa inmensa ciudad, en la cual por la iniciativa de sus espíritus dirigen-

tes, se ha logrado reducir la mortalidad a sus límites naturales.

La misma preocupación que existe en Londres de dotar a la ciudad de grandes espacios abiertos en todos los barrios y en especial en los barrios populares, se observa en las demás capitales del mundo.

Contemplemos el cuadro que tenemos a la vista y en él podemos observar las zonas de vegetación que existen en las grandes ciudades europeas y de Estados Unidos. París se destaca dentro de un marco de verdura, y sus grandes avenidas plantadas de árboles están unidas entre sí formando un conjunto admirable.

Digno de notarse especialmente es lo que ha hecho la hermosa ciudad de Cleveland, que posee en su centro urbano un centenar de parques, de jardines y de campos de juegos destinados a los niños. ¡Qué edificante ejemplo es éste para nuestro país, donde

se mezquina tanto el espacio y son tan escasas las plazas con árboles que ofrezcan sombra y nos hagan sentir el rumor refrescante de las fuentes!

Como podéis comprobarlo en la Exposición de Planos, Inglaterra ha sido la creadora de esas admirables ciudades-jardines donde se desarrolla la vida en un ambiente de cultura, de salud y de prosperidad.

Basta visitar, aunque sea de paso, una de esas pequeñas ciudades situadas en las inmediaciones de Londres para comprender el espíritu de alta previsión social y el sentimiento de cultura que las ha inspirado.

El artista se ha dado la mano con el filántropo para concebir ese bellísimo plan de mejoramiento en las condiciones de la vida urbana, si es permitido dar este nombre a una vida que tiene todas las bellezas y los atractivos del campo, unido a las comodidades de la ciudad.

Observemos el cuadro que nos presenta la preciosa ciudad de Letchworth, vecina a Londres, que ha sido llamada la madre de las ciudades-jardines, y comprenderemos la diferencia moral e intelectual que existe entre los moradores de esos sitios risueños con los que vegetan miserablemente en las condiciones precarias de una ciudad como la nuestra.

Debemos también darnos cuenta, por el diagrama que tenemos a la vista, de que el costo de una de esas construcciones modernas, es inferior al valor de un edificio hecho según los antiguos sistemas, aprovechándose así el terreno en forma más económica y más reproductiva.

Observemos en seguida otra ciudad jardín, que es hermosa como un cuento de hadas, en la cual viven los obreros de una gran fábrica, en casitas blancas con balcones floridos, situa-

das todas en un gran parque donde se respira un aire purísimo.

Esas son las habitaciones de los obreros de la gran industria del jabón, del «Sun Light Soap», universalmente conocida.

¡Qué inmensa transformación social y moral se operaría en nuestro pueblo el día en que los propietarios, en vez de construir esos abyectos conventillos, se inspiraran en el ejemplo de los filántropos ingleses!

Sacrificando una parte del excesivo interés que hoy perciben se podría realizar tan bello ideal. Es preciso convenir en que nuestros barrios populares son los más inhumanos, los más inhabitables que existen en el mundo, y lo digo después de haber visitado los arrabales de algunas ciudades de Africa y Asia, los cuales tienen, siquiera cierto color local y cierto carácter pintoresco.

Siempre he creído que la educación

y la cultura de nuestro pueblo depende principalmente de la casa en que vive, y esta observación se puede comprobar con lo que sucede en otras ciudades donde existe un nivel de cultura superior al nuestro.

Visitando en París las casas populares de la fundación Rotschild, cuyas fotografías tenemos a la vista tomé datos acerca del estado moral e intelectual de ese barrio, comparándolo con otros vecinos, donde los obreros viven en condiciones muy inferiores. Pude apercibirme de las ventajas de la buena habitación al saber la excelente situación moral y material de la gente que vivía en las higiénicas y casi elegantes casas de la fundación Rotschild.

Debemos reconocer que en Chile se han dado ya los primeros pasos en esta gran obra de educación, de justicia y de humanidad; y somos los primeros en aplaudir la labor patrió-

tica del Consejo de Habitaciones Obreras.

Hemos hecho una ligera descripción de algunos de los numerosos e interesantes cuadros que se exhiben en la Exposición de Planos, escogiendo aquellos que pueden ser de mayor utilidad entre nosotros.

Nos queda aún por exhibir un cuadro que se refiere a la ornamentación de las calles en las ciudades modernas.

Es indudable de que existen ciertos detalles que contribuyen poderosamente a la belleza de una ciudad, así como hay otros que son factores decisivos de su fealdad.

Una calle que está adornada de artísticos faroles para el alumbrado, como las que se exhiben en el cuadro que tenemos a la vista, tiene un relieve particular de elegancia que le

hace disimular alguno de sus defectos, si los tiene.

En cambio las calles que están plantadas de postes, como las nuestras, en vez de estar plantadas de árboles, presentan un aspecto tosco y vulgar.

Santiago, bajo este punto de vista, puede decirse que se lleva la palma.

Nuestra ciudad es la reina de los postes, y estos chocan no sólo contra la vista sino, a veces, contra las narices de los transeuntes, en todas las esquinas.

Para apercibirse del mal efecto que ellos causan en el aspecto de nuestra ciudad, basta observar una calle desembarazada de estos obstáculos; por ejemplo la calle del Dieziocho, en la cual se destacan graciosamente las líneas arquitectónicas de las casas y se ve el horizonte amplio y despejado.

He aquí insinuados, al pasar, uno de los detalles que influyen en la belleza

de una ciudad y que como ustedes ven, es cosa muy fácil de corregir.

El Comité de Transformación de Santiago se siente halagado en sus proyectos al observar el interés que le ha prestado el público concurriendo a la Exposición de Planos, la cual, como decíamos, es el mejor comprobante de sus aspiraciones y sus anhelos por el progreso de la capital.

Contando con la cooperación del público, podemos llegar a la realización del bello ideal que acariciamos como patriotas y como artistas.

Santiago ocupó en otra época el primer lugar entre las capitales sud-americanas, fué un centro adonde concurrían los hijos de otros países a estudiar su organización municipal y sus progresos.

Debemos trabajar por recuperar el lugar que hemos perdido reconociendo con valentía nuestros defectos para

procurar de esta suerte corregirlos.

Si nos cruzamos de brazos para poner el oído a las palabras que adulan nuestro amor propio, iremos perdiendo mayor terreno cada día.

Para atacar el mal hay que principiar siempre por reconocerlo.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL

21 JUN 1958

Secc. Co

